

ALIAS JORGE

La vida ajena y prohibida
de un terrorista desertor

RICARDO LEÓN



ALIAS JORGE

LA VIDA AJENA Y PROHIBIDA
DE UN TERRORISTA DESERTOR

RICARDO LEÓN

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual [arts. 270 y siguientes del Código Penal].

Alias Jorge
© 2020, Ricardo León

Corrección de estilo: Teo Pinzás
Motivo de portada: «Bosque de banderas / Canto de las astas»,
de Carlos Sánchez Nina
Fotografía de autor: Dante Piaggio
Diseño de portada: Departamento de diseño
de Editorial Planeta Perú
Diseño de interiores: B-MAD

Derechos reservados
© 2019, Editorial Planeta Perú S. A.
Av. Juan de Aliaga N° 425, of. 704 - Magdalena del Mar.
Lima - Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: enero 2020
Tiraje: 1000 ejemplares

ISBN: 978-612-319-507-6
Registro de Proyecto Editorial: 31501201901306
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° 2019-18785

Impreso en Aza Graphic Peru S.A.C.
Av. José Leal 257, Lince, Lima, Perú

Lima - Perú, febrero 2020

ÍNDICE

CAPÍTULO 1

HIJO DE CARLOS * * * * * 9

CAPÍTULO 2

ASÍ SE APRENDE A MATAR * * * * * 27

CAPÍTULO 3

EL INICIO DE UNA NUEVA GUERRA * * * * * 51

CAPÍTULO 4

NUEVAS FORMAS DE NO PERTENECER * * * * * 85

CAPÍTULO 5

EL INCIERTO TRANCE DE HUIR * * * * * 125

CAPÍTULO 6

UN HOMBRE SOLO * * * * * 155

Todo es metáfora, y todo cadáver es autorretrato.

ALMA GUILLERMOPRIETO

*Es extraordinario; parecemos sitiados por un ejército invisible
y por eso mismo más eficaz.*

EVELIO ROSERO

CAPÍTULO 1

HIJO DE CARLOS

Siempre fueron pocos. Quisieron ser pocos.

INFORME FINAL DE LA COMISIÓN DE LA VERDAD
Y RECONCILIACIÓN

El primer recuerdo de su infancia es una foto que ya no existe, pero él la describe así: se ve a un niño pequeño de unos cuatro años con el pelo corto, la nariz chata, la boca alargada, los ojos hundidos y los pómulos pronunciados; en su rostro se pueden distinguir ligeros rasgos andinos. La imagen ha sido tomada dentro de una vivienda, en un ambiente poco iluminado. Él está sentado en una sillita alta de madera despintada. Mira a la cámara con un gesto de tristeza o de aburrimiento. De indiferencia, quizá. La cabeza aparece recortada a la altura de la frente. Viste una sola prenda: un polo rojo muy desgastado, el polo de un adulto al que se le han atado nudos a la altura de los hombros para que pudiera cubrirlo pero sin tocar el piso. No tiene pantalones ni shorts, tampoco zapatos. El brazo está estirado hacia una mesa en la que solo hay un plato. No se puede ver lo que contiene. Imaginemos un retrato inacabado.

—El plato es de harina nomás, la diluían tipo mazamorra. Eso me daban. Es comida de todos los días.

El niño aún no tiene nombre porque no fue inscrito al nacer. Hoy se llama Víctor Raúl Quispe Zaga y cree tener entre treinta y seis y treinta y ocho años. Es hijo de Víctor Quispe Palomino, alias José, el principal cabecilla terrorista del Perú y el hombre más buscado del país.

La foto estaba en un cajón de la casa de su tío abuelo, Nemesio Quispe, quien vivía hasta hace poco en un asentamiento humano de Ica, al sur de Lima, junto a sus hijas. Nemesio lo acogió durante los primeros años de su vida. Lo llamaba Víctor, a veces, Victítor. Era el remiendo de una familia.

—En Ica es triste, andar de mano en mano. Yo era como un extraño para ellos. Atención, nada; es triste. Allá no había amigos. Estando en la casa no hay nada. Uno se siente vacío —recuerda ahora.

Su modo de hablar y el vértigo de la memoria generan un efecto curioso: combina los tiempos gramaticales, y un episodio puede contarlo en pasado y en presente a la vez. Dice «estaba durmiendo en el piso» y después «frío siento». Dice «todo el rato están muriendo» y en la misma oración agrega «daba pena». Es como si lo que narra no hubiera terminado de suceder, como si se prolongara en un presente infinito.

Cuando fue tomada esa foto, el país vivía una intensa guerra entre las fuerzas armadas y los grupos terroristas que se desplazaban por la sierra y la selva, y que llegarían después a Lima. Él no lo sabía, pero en pocos años protagonizaría varios episodios de aquella historia. Lo sigue haciendo hasta estos días.

* * *

En 1962 se instaló en Ayacucho un arequipeño llamado Abimael Guzmán Reinoso, bachiller en Derecho con estudios de Filosofía, quien había perdido su empleo en la Universidad Nacional San Agustín de Arequipa. Guzmán, quien además integraba el Comité Regional del Partido Comunista del Perú, había conseguido un puesto como catedrático de

Historia de la Filosofía en la Universidad Nacional de San Cristóbal de Huamanga. Llegó a esta ciudad en abril. Desde entonces, y en paralelo a su actividad académica, Guzmán se propuso recomponer el Comité Regional del Partido Comunista y, después, el Comité Zonal de Ayacucho. Años más tarde, formó el Partido Comunista del Perú - Sendero Luminoso (PCP-SL) y se hizo llamar a sí mismo «presidente Gonzalo».

Uno de los primeros adeptos que reclutó Gonzalo fue un profesor escolar ayacuchano muy humilde llamado Martín Quispe Mendoza. Él estaba casado con Irene Palomino Altamirano, nacida en Ayacucho y de origen pobre como él. Según los registros policiales elaborados a lo largo de muchos años, ambos tuvieron nueve hijos, y al menos cinco de ellos —Jorge, Víctor, Iván, Melania y Marco Antonio Quispe Palomino— fueron educados bajo los dogmas del marxismo-leninismo-maoísmo, doctrinas fundamentalistas reunidas en lo que se conoció como el «pensamiento Gonzalo». Desde niños, Martín les leía a sus hijos los libros de Mao y los textos escogidos por su líder. Los preparaba para la guerra.

Los hermanos Quispe Palomino nacieron en Ayacucho y fueron criados en dos localidades andinas con una alta carga simbólica. Una de ellas es Umaru, en la provincia de Vilcashuamán, un pequeño pueblo que Guzmán había elegido para fundar la República Popular Democrática del Perú. En 1965, durante un viaje de seis meses a China, Guzmán había conocido Yenán, una región que Mao Tse-Tung convirtió en el epicentro intelectual del Partido Comunista de China. Yenán era la ciudad modelo del comunismo maoísta, y Guzmán buscó replicarla en Umaru cuando regresó al Perú. Los hijos de Martín e Irene vivieron también en Chuschi, un distrito enclavado entre las montañas de la provincia de Cangallo. Allí, en mayo de 1980, Sendero Luminoso cometió su primer atentado: la quema de ánforas para las elecciones presidenciales. Ese primer ataque no dejó muertos ni heridos, pero sembró un miedo profundo en aquellos pueblos bucólicos de las alturas ayacuchanas.

La vida de cada uno de los personajes mencionados hasta este momento siguió un rumbo distinto. Martín Quispe, el patriarca de esta

familia ominosa, permaneció en las filas de Sendero Luminoso pero no llegó a ocupar cargos altos. A fines de los años ochenta, se trasladó a Selva de Oro, en la zona selvática de Junín. En 1993 fue asesinado por ronderos de los Comités de Autodefensa durante un enfrentamiento.

Irene Palomino vivió sus últimos años en Ate Vitarte, al oeste de Lima, junto a su hija Melania. Al menos una vez fue detenida por los policías que investigan a este clan; sin embargo, al poco tiempo fue liberada. Años más tarde, en el 2012, murió por causas naturales y fue velada y sepultada en la capital.

Melania, la única mujer de estos cinco hermanos, fue capturada a mediados de 1999 en Huancayo, cuando utilizaba el alias de Rita. En aquel entonces, integraba el grupo cercano de Óscar Ramírez Durand, alias Feliciano, cabecilla senderista de la época. Melania accedió a colaborar con los militares que la detuvieron y, bajo esa condición, fue liberada. Ese mismo año se trasladó a Lima, donde vive hasta hoy, desvinculada por completo de la violencia armada de su vida anterior.

De los cuatro hermanos hombres, Iván estuvo preso durante una década, acusado de terrorismo. Desde el 2005 es hombre libre y vive en Lima, donde trabaja eventualmente como albañil.

Marco Antonio, quien era conocido con el alias de Gabriel, integró las filas terroristas hasta que, en el 2013, murió en un operativo de las Fuerzas Armadas en la selva alta de Ayacucho. Era el más joven del clan, también el más intrépido y arrogante: pocos meses antes de su muerte, había tenido un encuentro con periodistas en la zona selvática de Cusco, en medio del monte y apenas acompañado por un grupo reducido de hombres armados, mientras decenas de policías y soldados merodeaban muy cerca, buscándolo.

Jorge, quien ahora es identificado como el camarada Raúl, fue capturado en 1999, cuando formaba parte de las columnas de Feliciano, e inicialmente también se comprometió —al igual que su hermana Melania— a colaborar con las fuerzas militares. Sin embargo, engañó a sus captores y volvió a la selva. Hasta la fecha, Raúl es el segundo al mando del grupo terrorista.

El cabecilla principal es Víctor Quispe Palomino, quien para despistar a sus perseguidores ha tenido varios sobrenombres: inicialmente fue Carlos, después Martín y, en los últimos años, José.

José y Raúl operan desde fines de los años noventa en los territorios que componen el valle de los ríos Apurímac, Ene y Mantaro (Vraem), que incluye distritos y provincias de la sierra y selva de Ayacucho, Apurímac, Cusco, Huancavelica y Junín. El mapa de la guerra contra el terrorismo cambió y ahora se concentra en esas regiones. También cambió el nombre de la agrupación: Sendero Luminoso ya no existe, ahora la lucha es contra el Militarizado Partido Comunista del Perú (MPCP).

* * *

Víctor Quispe Palomino, alias Carlos, alias Martín, alias José, nació el 1 de agosto de 1960. Estudió la primaria y la secundaria en distintos colegios de Huamanga, y en 1977 ingresó a la Universidad de San Cristóbal para estudiar Antropología. Para entonces, Abimael Guzmán ya había asumido el control de federaciones estudiantiles y de colectivos sociales ayacuchanos, siempre bajo el radical esquema del comunismo que importó desde su viaje a la China de Mao. Aquella universidad se había convertido en un semillero de jóvenes diseñado por él mismo desde los distintos cargos que ocupó. Víctor Quispe Palomino había crecido al mismo tiempo que esta organización y en el mismo lugar.

En enero de 1979, Guzmán fue detenido en Lima por policías de la Dirección de Seguridad del Estado, quienes habían sido advertidos de que un grupo radical del Partido Comunista del Perú, ya por entonces conocido como Sendero Luminoso, se preparaba para tomar las armas. Estuvo bajo custodia solo unos pocos días, pues no se pudo demostrar que él estaba detrás de aquellos preparativos. En el argot policial, no había indicios que lo inculparan. Pocos meses después, en junio, Guzmán convocó a una reunión clandestina del Comité Central de Sendero Luminoso. En medio de un largo discurso, dijo: «Haremos la lucha armada, eso es lo que hemos de hacer». A inicios de diciembre,

reunió otra vez a los dirigentes senderistas y, en una proclama igual de encendida que la anterior, anunció: «Ha comenzado el derrumbamiento de los muros y comienza a desplegarse la aurora».

A fines de ese mismo año, Víctor Quispe Palomino abandonó las aulas universitarias y se convirtió en un activo integrante de Sendero. Pocos meses después, en mayo de 1980, ocurrió el atentado en Chuschi. La guerra para la cual su padre lo había estado preparando toda su vida había comenzado.

En los primeros años de la década del ochenta, Víctor, quien para entonces ya usaba el alias de Carlos, era uno de los jóvenes integrantes de los pelotones terroristas que se desplazaban por los pequeños pueblos de Ayacucho que Sendero iba sometiendo. En una de aquellas incursiones conoció a Sonia Zaga Sauñe, una adolescente atraída por la idea —como tantos otros— de formar parte de un grupo armado que prometía cambios, que ofrecía revolución y que estaba profundamente ideologizado. Al poco tiempo de conocerse, quedó embarazada. No está claro si aquella fue una relación consensuada o forzada, ya que en aquellos años eran los rígidos dirigentes de Sendero quienes autorizaban, prohibían o decretaban las uniones entre hombres y mujeres del grupo. El hijo que tuvieron, por razones suficientemente obvias, no fue inscrito en los registros públicos. No hay información veraz sobre los primeros meses de vida del niño. Pero se sabe que cuando tenía alrededor de dos años, su madre fue asesinada y él fue enviado a Ica, a la casa de su tío Nemesio.

El niño pequeño de pelo corto, nariz chata, boca alargada, ojos hundidos y pómulos pronunciados; el niño de polo rojo cuya foto se ha perdido para siempre, cree que nació entre 1982 y 1984 en alguna zona de la sierra de Ayacucho. Nunca supo su edad, apenas puede calcularla. No tiene partida de nacimiento. No celebra su cumpleaños porque no tiene idea de cuándo es.

En aquel período, entre 1982 y 1984, ocurrieron, por lo menos, dos hechos que marcaron la historia de la guerra contra Sendero Luminoso

y también la de su familia paterna. En abril de 1983, en Lucanamarca, sesenta y nueve comuneros —niños y ancianos incluidos— fueron asesinados por los integrantes de una columna terrorista, luego de que se los acusara de colaborar con los militares. Los mataron con piedras, hachas, machetes y, en pocos casos, con armas de fuego. El pueblo fue después arrasado. Uno de los que participó en esa masacre fue Víctor Quispe Palomino.

Al año siguiente, el 16 de julio de 1984, un grupo reducido pero bien armado de terroristas asaltó un ómnibus de la empresa Expreso Cabanino, que había partido desde Lima para cruzar varios pueblos de Ayacucho. Los asaltantes, quienes iban disfrazados de policías, abordaron el vehículo a las afueras de la localidad de Puquio y preguntaron si entre los pocos pasajeros había alguno proveniente del distrito de Soras. Los que se identificaron como soreños fueron obligados a bajar del bus y allí mismo los mataron a golpes. Después, asesinaron al chofer y lanzaron su cuerpo a la trocha. Estaba a punto de desatarse la mayor masacre senderista registrada hasta ese momento.

El ómnibus siguió su recorrido, pero esta vez conducido por los terroristas. Atravesaron varios anexos del distrito, como Sontohocha, Pallca-Chalapuquio, Badopampa, Sayropampa, Doce Corrales, Yanama y Palachapampa. En cada parada se hacían pasar por agentes policiales que venían a ofrecer ayuda y, con ese pretexto, preguntaban quiénes eran los líderes de cada uno de esos caseríos; luego, cuando estos se identificaban, los obligaban a lanzarse al piso y los ejecutaban. Todo sucedió un lunes por la noche.

Soras, la capital de este pequeño distrito, se ubica en un valle rodeado de cerros en cuyas faldas hay chacras y pequeños bosques. Desde la plaza principal del pueblo, y desde sus angostas y oscuras calles, se pudieron ver aquella noche las luces descendiendo por la carretera. Los soreños sabían que los lunes llegaba el Expreso Cabanino, y alrededor de la parada del autobús solían reunirse algunos niños y adultos entusiasmados por el arribo de algún familiar o amigo. Pero esta vez ocurrió algo extraño: no solo se veían los faros del vehículo,

sino también el movimiento irregular de varias linternas. Hubo un ligero alivio al ver hombres y mujeres uniformados y armados que se identificaron como policías e ingresaron al pueblo caminando. Tras un breve diálogo con los jefes de la ronda campesina, obligaron a todos a formar en la plaza, pero con insultos y amenazas. En aquel momento, los soreños entendieron que estaban frente a sus enemigos, y que ya no tenían cómo escapar.

Soras había sido el primero de los pueblos de la provincia ayacuquina de Sucre en oponerse a la ideología de Sendero y, en más de una ocasión, había logrado evitar que los terroristas ingresaran al distrito. Esta vez fueron engañados. Cuando amaneció, en la plaza del pueblo, en el local municipal, en las calles aledañas y en algunas viviendas, había cuerpos acumulados sobre sangre empozada. Hombres, mujeres, ancianos e incluso niños fueron asesinados, la mayoría a golpes y cuchilladas, muy pocos a balazos. Otros murieron por las explosiones de las pequeñas bombas caseras que los senderistas colocaron en latas de leche y cuyas esquirlas se clavaban en todo el cuerpo. Algunos habían sufrido heridas inimaginables, como un anciano a quien le desprendieron parte del rostro con un hacha, como si fuera un trozo de leña; o una mujer a quien le introdujeron una vara de acero en la vagina y que sobrevivió, aunque sus órganos internos quedaron destruidos. Aquel día, desde que el ómnibus fue asaltado en Puquio hasta que los senderistas abandonaron Soras, fueron masacradas ciento ocho personas.

Uno de los que comandó el ataque fue, otra vez, Víctor Quispe Palomino, quien encabezaba el Comité Zonal Cangallo-Fajardo de Sendero Luminoso. Él tuvo una participación directa en las masacres de Lucanamarca y Soras, dos de los hechos más atroces registrados en aquellos años.

Hacia mediados de los años ochenta, mientras su padre recorría las alturas de Ayacucho arrasando y sometiendo pueblos pequeños y absolutamente pobres, el niño de polo rojo merodeaba en el desierto de Ica sin zapatos, sin juguetes, sin mamá y sin respuestas.

* * *

La casa de Nemesio en Ica era muy humilde. Quedaba en un asentamiento humano enclavado en un amplio arenal, compuesto por familias que habían dejado la sierra de Ayacucho y Huancavelica para instalarse en la costa, acaso suponiendo que la cercanía a Lima les daría mejores alternativas de vida. La vivienda era un cuadrado de una sola habitación, con piso de tierra y paredes y techo de esteras. Además del mueble donde Nemesio guardaba fotos y algunos papeles, había una mesa y tres o cuatro sillas y dos camas con frazadas en vez de colchones. La puerta de calamina era asegurada con un palo durante las noches, el resto del día permanecía abierta. No había ventanas. Un calendario colgaba siempre de la pared de paja. No muy lejos del asentamiento se extendía la Panamericana Sur, y el viento desértico llevaba el largo ruido del motor de los camiones y buses hasta ese barrio sin nombre.

La mayor parte del día, el niño lo pasaba solo en aquella casa. Su tío salía temprano a dictar clases en una universidad pública y sus primas se iban a estudiar a un colegio estatal de la zona. Al despertar, comía la porción de mazamorra que le dejaban en la mesa, y lo mismo le servían por las noches, antes de dormir. Lo que más recuerda de su infancia es la soledad en esa vivienda vacía, el aburrimiento, la miseria que lo rodeaba y la harina diluida en agua tibia.

—Salía a jugar a las arenas para hacer hora. Juego sog a veces. No he mirado dibujos, no había televisor. No hay nada. Si voy al baño, me limpio con lo que hay. De lo que recuerdo, ya me habían enseñado a limpiarme, es con papel periódico; no había a veces papel higiénico —cuenta en pasado y presente.

Víctor Raúl frunce la boca cuando busca las palabras adecuadas, la estira de lado cuando sonríe, entrecierra los ojos cuando duda. El parecido con su padre es perturbador.

* * *

Los hechos siguientes ocurren entre 1987 y 1989, cuando él tiene unos cinco años, o quizá siete. Afuera de la casa de esteras, aunque no muy lejos, están la guerra y una profunda crisis económica. El papel periódico que a veces emplea en el baño incluye noticias que no habría entendido aunque supiera leer, pero que están enlazadas con su pasado y su futuro.

Dos grupos terroristas ejercen el control de territorios prácticamente liberados de la sierra y la selva peruanas, y de pequeñas localidades de la costa: Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA), los cuales comenzaron sus acciones armadas a inicios de la década del ochenta. Los muertos y heridos, las bombas y atentados, las persecuciones y capturas se registran indistintamente en varias ciudades del país.

Por orden de Abimael Guzmán, Sendero ha desplegado ya su IV Plan Militar, que consiste en ampliar y fortalecer los comités populares; es decir, los campamentos donde se concentran las columnas terroristas, y los hombres y mujeres cuyos pueblos han sido sometidos. El niño del polo rojo no lo sabe, pero él también forma parte de ese plan: dentro de pocos meses será enviado a uno de esos campamentos. En la casa de Ica donde vive hay una radio a pilas que informa a todas horas sobre esa guerra de la que hablan los adultos, una guerra que pronto será la suya.

Igual de inflamable es 1988. A fines de julio, pocos días antes de las Fiestas Patrias, se publica en *El Diario* la llamada «Entrevista del siglo», una larguísima conversación en la que Abimael Guzmán habla de su irreal objetivo de tomar el poder. Desde la clandestinidad, el «presidente Gonzalo» explica con frases adornadas la importancia que para Sendero tienen estos comités populares que él quiere imponer: «La humilde dinamita seguirá cumpliendo un buen papel, y las minas son armas del pueblo; y nosotros, por principio, buscamos las armas más simples que toda la masa pueda manejar, porque la guerra nuestra es masiva, si no, no es popular».

Como es previsible, la crisis también es económica, y diciembre llega con una inflación del 1722 %. En una choza de esteras del desierto iqueño, un niño malnutrido desayuna y cena la misma mazamorra.

En 1989, cuando termina una reunión secreta del Comité Central de Sendero Luminoso, Abimael Guzmán y varios de sus adeptos bailan «Zorba el griego» en la sala de una casa oscura en Lima. Lo graban en un video, están borrachos. Es junio, faltan pocos meses para que caiga el Muro de Berlín, pero ellos no lo saben. El padre del niño de polo rojo no aparece en el video porque está en la selva. Dentro de poco tiempo, mandará a recoger a su hijo para entrenarlo en los campamentos de Sendero. Pronto será terrorista.

* * *

Era 1989, una mañana igual a las demás: él estaba solo, desabrigado, con hambre. Jugaba a trazar líneas en el piso de tierra de la vivienda con ramitas que había cortado de un árbol cercano ya muerto. Un gato callejero que a veces aparecía por el lugar para buscar restos de comida estaba también dentro de la casa, cerca de la puerta de calamina. Alguien la empujó y esta se abrió con suavidad. El niño no se asustó, pero observó con curiosidad a los dos desconocidos que ingresaron sin apuro. Era una mujer mayor, Odelia. Junto a ella estaba Luis, el hijo de la señora, quien cargaba dos canastas abultadas.

—Sí quiero —respondió cuando le dijeron que lo llevarían a conocer a su papá.

Le invitaron un alfajor y el dulce se deshizo entre sus dedos terrosos. Hasta el día de hoy recuerda nítidamente aquellas sensaciones nuevas: la dulzura de aquel bocadillo desconocido y la emoción por conocer a ese padre que finalmente existía. Dejó los palitos en el suelo, se sacudió las migajas del alfajor y salieron los tres de la casa. Afuera, acomodaron la plancha de calamina, dejando la entrada ligeramente abierta. El gato ya no estaba. Caminaron un tramo corto y, en una pista cercana, subieron a un auto. Allí el niño pudo ver lo que había en las canastas: en una, pan chapla; y en la otra, quesos. No hizo preguntas.

—Me llevaron hacia abajo, no sé qué parte es. Era regular, lejos.

Un par de horas más tarde, llegaron a una pista larga donde vio una pequeña avioneta con el motor apagado. Víctor Raúl mueve las manos señalando con los dedos los lugares que ocuparon en la aeronave que los llevó de Ica a Junín, de la costa a la selva, del desierto al trópico. Adelante iban los dos pilotos, cuyos rostros nunca vio. En un asiento largo, frente a él, se ubicó Luis; a su lado estaba Odelia; y al otro lado, las canastas. No sintió vértigo cuando volaron ni cuando aterrizaron. Antes de que el avión descendiera lentamente sobre una pista clandestina rodeada de maleza, entrecerrando los ojos ante la luz excesivamente clara que ingresaba por la ventanilla, pudo ver un paisaje que le resultaba nuevo, distinto, ajeno. Había árboles, había un color verde predominante, un río, chacras. Las casas eran similares a la que él habitaba en el desierto: los techos de paja, los alrededores terrosos.

—No tanto sentía una felicidad; más es una satisfacción de querer conocerlo a mi papá, una curiosidad.

Instantes después de bajar de la avioneta, Luis caminó hacia el pueblito ubicado a una cuadra o dos de distancia, cerca del río. El niño se quedó de pie al borde de la pista de aterrizaje. Quieto en su lugar, movía la cabeza mirando a su alrededor. Odelia también esperaba allí. Solo le dijo que su papá llegaría en la noche. Estaba distraído y no vio regresar a Luis con otros hombres y una mujer muy joven. Uno de ellos cogió la canasta de quesos y regresó al pueblo. Habían llegado a Puerto Ocopa, en la selva de Junín, a orillas del río Ene. Ya estaban en territorio senderista.

—Con ella te vas a quedar, Aurora se llama —le dijo Luis señalando a la joven, y se fue también por el mismo camino. El calor aplastaba al niño, sus manos sudaban y sentía que le quemaba la nuca.

Cuando estuvieron los dos solos, Aurora le preguntó si tenía hambre. Él se había quedado mirando unas frutas amarillas y rojas que colgaban de un árbol. Cuando recogió una de la tierra, fue reprendido suavemente, casi con cariño.

—Del piso no comas, vamos a cogerlos. ¿Comes mango?

A fines de los años ochenta, con el crecimiento de los Comités de Autodefensa en la sierra y la selva alta de Ayacucho, los dirigentes senderistas y la masa cautiva se desplazaron hacia otros territorios, uno de ellos fue la parte selvática de Junín. Desde Puerto Ocopa, en la provincia de Satipo, y otros caseríos cercanos, partían constantemente embarcaciones que llevaban víveres, enseres y encomiendas hacia los campamentos terroristas. Este mismo recorrido lo hacían los familiares de los cabecillas, quienes eran llevados desde la sierra de Ayacucho o de Huancayo, y a veces desde la costa. Esa fue la ruta que él siguió aquella mañana de 1989.

—Aurora era flaquita, de talla regular nomás, no es tan alta tampoco. Selvática es. Bien amable. Jovencita. Habrá tenido veinte años, dieciocho años.

La joven cogió un palo y golpeó con fuerza las ramas hasta que los mangos cayeron en sus brazos. Abrió uno con las uñas, peló la mitad y se la entregó al niño. Le dijo que su padre llegaría en el transcurso de ese día. Después le ofreció sopa de fideos. Era la primera vez en mucho tiempo que él no comía solamente harina con agua, la primera vez que alguien le ofrecía un alimento nuevo y que, además, le enseñaba a comerlo.

—Había matas por todas partes. Había embarrado toda mi ropa, todo. Ella me regala un polito, un shorcito rojo, también un pantalón con unos dibujos; un jean es, me recuerdo, ¿pero qué dibujos eran?

También era la primera vez que le entregaban prendas de vestir de su talla. El viejo polo rojo sería en adelante un trapo para limpiar.

La aldea era un conjunto de chozas construidas con tablones de madera sin pulir, con techos de hojas secas de palmera que daban sombra y evitaban que el agua de la lluvia se filtrara. Estaban organizadas en un semicírculo alrededor de un patio de tierra y mala hierba. El cielo seguía claro, pero ya se veían a lo lejos algunas nubes rojizas, los colores de la selva por la tarde. No había luz eléctrica en la aldea y cuando caía la noche la vida allí se detenía. El niño llegado de Ica durmió en la choza de Aurora, junto a ella, cubiertos ambos por una tela para evitar las picaduras de los zancudos nocturnos. Cuando despertó, aquella

tela y las sábanas estaban arrimadas como un bulto en el piso. Se había orinado. La joven estaba sentada a su costado.

—Tú te has pasado de frío, no te han atendido bien —le dijo Aurora.

—No sé —respondió el niño.

—Vamos a que te bañes.

Allí, en ese rudimentario puerto a orillas del Ene, sentía que todo sucedía en cámara lenta. Se quedó mirando los botes largos y estrechos que estaban atados a un tronco. Se mecían sin ritmo y, cuando chocaban, se oían golpes breves, secos. Un peque-peque cruzó cerca de la ribera opuesta, llevando paquetes cubiertos por plásticos azules, con el ruido impasible de su motor. El río escupía minúsculas olas hacia la orilla. Aurora le dijo que entrara al agua. Él no sabía lo que era una barra de jabón.

—En serio era algo extraño. Pero me siento bien, como si ella fuera mi mamá. No quería que me siente en la tierra, primera vez que me dicen eso —recuerda Víctor Raúl.

Algunas horas después, cuando ya estaban de vuelta en la aldea, llegó un hombre llamado Valecho y les dijo que irían a su casa, en la otra ribera. El niño notó que nadie preguntaba ni pedía nada: unos daban órdenes, otros las obedecían. Él pertenecía, por el momento, al grupo de los sometidos.

La de Valecho era una vivienda de tablones de madera, con el piso elevado sobre troncos para evitar que se inundara con la crecida del río. Adentro estaban Óscar, hermano de Valecho, y una mujer que cocinaba sin hablar, también del grupo de los que acataban, sentados en el piso.

—Él es hijo de Carlos —le dijo Valecho a su hermano.

El niño estaba confundido: su tío Nemesio le había dicho que su padre se llamaba Víctor. No sabía quién era Carlos, el mismo hombre que después sería Martín y, más adelante, José. Esta vez tampoco hizo preguntas.

Esta mañana, en la mesa de un restaurante del Cercado de Lima, Víctor Raúl pide que le presten un papel y un lapicero: quiere explicar mejor el episodio y para ello necesita dibujar la escena. En el local apenas se ven clientes y no hay música, solo se escucha a lo lejos una cucharita golpeando la taza de un mozo que desayuna adormilado. Inclinando la cabeza, Víctor Raúl respira levemente agitado y organiza trazos como pequeños cortes diagonales sobre el papel. Mientras garabatea, explica la distribución de la aldea a la que llegó: por aquí se entraba, allí estaba la casa, más acá el río, por esa esquina se reunían los jefes, estas eran las chacras.

La estrechez de la silla hace que sus hombros y su espalda parezcan más anchos de lo que son. Viste un buzo negro de poliéster, zapatillas deportivas y lleva siempre un pequeño maletín. Nunca se quita la gorra y, cuando dibuja o escribe, no se puede ver su rostro. Los bordes de su mano son lisos y sus dedos son achatados y gruesos, ásperos. Tiene solo la mitad de la uña del pulgar derecho y varias cicatrices le cruzan los nudillos, algunas por golpes, otras por cortes accidentales con machetes o cuchillos.

La cocinera de Valecho entregó a cada uno un plato de sopa de pescado y en el piso colocó otro con plátanos hervidos. Nadie hablaba. Mientras el niño sorbía el caldo con una cuchara, Aurora separaba cuidadosamente las espinas de la carne. Era la primera vez que veía un pescado.

—Me atoré, no he sabido comer yo. Me dan un trozo, es un chilcano, estaba tomando el juguito y ella saca las espinitas. Una se habrá escapado; estaba comiendo rico y le dejé cuando me tranquilé.

Valecho ordenó a la cocinera que cortara un limón y él lo exprimió dentro de la boca del niño; después de comer, le explicaron que el ácido del limón ablanda las espinas. Aurora le dio un trozo de plátano hervido, pero la espina seguía incrustada en su garganta. Óscar, que había observado la escena mientras terminaba de sorber su chilcano, dejó su plato a un lado, se acercó al niño, lo tomó de las mejillas para

inclinó su cabeza hacia arriba e introdujo dos dedos por su boca hasta que consiguió jalar la espina. Él ya no quiso comer más. Cruzó las piernas y esperó a que los adultos le ordenaran qué otra cosa debía hacer.

Mientras cruzaban el río en el peque-peque para regresar a la aldea de Aurora, el niño organizó una lista mental de lo que había conocido en las últimas horas, en un viaje que había comenzado en Ica, lejos de la guerra, y que terminaba en Puerto Ocopa, en los dominios de Sendero. Un alfajor, un auto, la avioneta y el bosque visto desde el aire, árboles, mangos, unos jeans con dibujos, un recorrido en bote para cruzar un río, un pescado hervido con espinas pequeñas. Las cosas nuevas, los estímulos, los breves miedos. Pero todavía no veía a su padre.

Al caer la tarde, antes de que se fueran a dormir, apareció otro hombre que impartía órdenes. Era de estatura baja, el cuello y los brazos gruesos. Su nariz era larga y sus ojos estaban muy separados entre sí. Caminaba rápido.

—Vamos, tienes que irte —dijo Aurora al niño.

El hombre subió a un bote y se ubicó al lado del motor; él mismo conduciría. Embarcó también Valecho. No se despidieron de la chica. Viajaron durante varias horas por el río Ene. Por la noche llegaron a otra aldea, subieron una pequeña loma, ingresaron a una cabaña deshabitada y apagaron las linternas. Al niño lo colocaron en una hamaca y allí durmió. Apenas aclaró la mañana, subieron otra vez al bote y surcaron nuevamente el río. El calor lo adormecía. Durante el viaje, se quedaba dormido y despertaba sobresaltado cada vez que le salpicaba agua. Se volvía a dormir y otra vez las gotas le caían en la cara como si fueran chispas. Llegaron a otro pueblo, esta vez más alejado de la orilla del río y también más grande, al que ingresaron luego de una breve caminata desde el bote. Él llegó con Valecho; en el trayecto a pie, el otro hombre se había desviado. Valecho lo llevó donde otro adulto, a quien llamaban Raúl. Era su tío, hermano de su padre.

—Ellos son tus primos —le dijo Raúl, señalando a un grupo de niños y niñas que los observaban a pocos metros de distancia. Allí

estaban Luci, Valeria, Elvis. Una de las niñas tenía yaxes de metal entre las manos; Elvis jugaba a que sus soldaditos de plástico mataban a algún enemigo imaginario.

Había tres cabañas. Vio a una mujer, llamada Maura, que entraba y salía de una de ellas; era la pareja de Raúl. El niño no se animaba a jugar con sus primos, pensaba que nuevamente lo subirían a un bote para llevarlo a otra aldea.

—Tu papá ya va a llegar —le decía Raúl.

Aquella noche, Maura lo acostó en una hamaca en el primer piso. En el segundo, que en realidad era apenas un altillo de tablas gruesas de madera, estaban su tío y sus primos. No pudo dormir bien porque los zancudos le picaron los brazos, las piernas, los talones. Estaba despierto cuando escuchó ladrar a los perros. Echado en su hamaca, vio la luz de una linterna, vio a una sombra crecer a su costado. Era el mismo hombre de nariz larga y ojos separados que había conducido el bote aquella mañana y todo el día anterior. Este lo cargó de las axilas, lo rodeó con uno de sus brazos y lo sentó sobre sus rodillas; con el otro brazo, le sostuvo la espalda con cierta tosquedad.

—A mí me dicen Carlos, tú eres mi hijo. Acá es la casa, acá vas a estar —le dijo.

El niño se asombró, nervioso. Pensó que por fin tenía un papá, que ya era hijo de alguien. Cargado en brazos de Carlos se rascaba las piernas, los talones; los insectos lo seguían hostigando. Después, ambos se echaron en la hamaca y se quedaron dormidos.

—No sabía si creer o no. Había viajado con esa persona como dos días y nunca me dijo nada —recuerda ahora Víctor Raúl, treinta años después de aquel encuentro.

Cuando el niño despertó, su padre otra vez se había ido.